

Antología poética
María Sanz

ÍNDICE

Contemplaciones

Azulejo
Poniente

Jardines de Murillo

Camino del colegio
Muchacho fugaz
Eucalipto

Aves de paso

Delta del Ebro
Sin título
Argonauta

Los aparecidos

Numantia
Anónimo del siglo XX

Desde noviembre

La estatua
El desnudo
Los relojes
El solitario en otoño

Paseo de los magnolios

Cipreses
Estación de San Bernardo
Alguien que no soy yo

Tanto vales

Razón del desengaño
Mirar atrás
Nadie te ha dado nada
La huida

A cierta altura

Verdad y realidad
Las propias tinieblas
Muralla al fondo
Un largo cautiverio
A quien sabrá perderme y acabar me

Domus aurea

[En la morada de la luz escribo]
[Entre el temblor frutal del limonero]

[Un crepúsculo así, sobre una plaza]
[Por fin te he conocido, te he amado]

Tu lumbre ajena

El vestuario de la novia
Sepulcro de san Juan de la Cruz
Tierra por medio
Soria
Encantos del Viernes Santo
Y no vas a ser tú

Dos lentas soledades

La carbonería
Itálica
El hombre que resiste
En una mala posada

Tempo de vuelo sostenido

Canto para los monjes de Einsiedeln
Jakob Böhme, el filósofo, recibe una visita

Mínimo sol de invierno

[Comenzar otra vez, brillar ahora]
[Debajo del paraguas]
[Este mínimo sol que te acompaña]
[Ya sólo te has quedado]

Voz mediante

Incertidumbre
Mil y una tardes
Tanta ausencia

Lance sonoro

Sinfonía de las lamentaciones (I, II, III)

Regazo e intemperie

XIV
LI

Contemplaciones

Azulejo

Hay una golondrina
que prefiere soñar con otro vuelo.

Estamos en el patio
presas la tarde y yo,
mientras la fuente
se ha vestido impasible con los malvas
que rezuman sus gotas.

Hay un espejo enfrente
de las últimas luces,
mas no me veo en él. Quizá unas alas
me hicieron traspasar, voluptuosas,
las lindes de cerámica
que inventara esta tarde para mí.

Hay una golondrina
que prefiere olvidar su propio vuelo.

Poniente

Fugaz está la luz en mi turgencia,
fugaz en la mirada que me vuelve
paisaje enrojecido,
con un hombre a la espera
del aire que desplazan mis destellos,
cuando va la ciudad a hacerse noche
dejándose acunar por fuegos fatuos.

Los brazos vespertinos
me han rendido despacio, mientras sigue
la anónima mirada
vagando por las calles,
buscando mi turgencia
rosácea, que le alumbre mientras muere
su luz de cada día.

Jardines de Murillo

Camino del colegio

El gris de la mañana,
fundido con mis pasos
camino del colegio,
tornaba solitarios los Jardines.
Invierno en todas partes.
El albero buscaba su amarillo
por la neblina. Algunas
miradas infantiles
se cruzaban conmigo
cuando pasaba cerca de otra escuela,
y quedaban detrás ojos anónimos,
igual que el gris de la mañana. Todo
era invierno en las calles.
Santa María la Blanca,
olor a pan del horno
de las Doncellas, gente
tan ajena a mis pasos soñolientos...
¿Qué lección de Gramática tocaba
aquel día de sílabas perdidas,
qué Geografía nueva
buscaría mis mares, y qué Historia
me iba a eternizar? Era el invierno
una niña camino de la vida.

Muchacho fugaz

Recuerdo que era invierno,
que los almeces iban cobijando
mi vuelta a casa, y que me seguía
un muchacho. Jamás supe quién era.
Así durante un rato. Los Jardines
entonaban la noche con el último
gorjeo de algún pájaro. Sentía
que unos ojos quemaban mi silueta
como el frío, que iban dibujándome
paso a paso. Volví la vista. Sólo
la oscuridad de los almeces, nadie
tras de mí... Pudo ser el mismo invierno,
su nombre masculino,
lo que me traspasara.

Un muchacho fugaz sigue alejándose,
cada vez que lo encuentro,
de mi noche.

Eucalipto

Me quedaba mirando el eucalipto
tatuado de herrumbrosos corazones
que aleteaban aún bajo sus ramas.
Dormía el viejo árbol
acunado entre ingravidas promesas
allende las ternuras,
sintiéndose en la noche sorprendido
por los brillos cortantes de otras hojas
que, incrustándole nombres en su tronco,
albergaban espectros
de manos turbadoras.

Me quedaba mirándote, eucalipto,
señor de los Jardines,
queriendo devolver a tu contorno
ceniciento su antigua lozanía.
Entonces, yo ignoraba
que ni el tiempo restaña de la carne
la herida de unos nombres.

Aves de paso

Delta del Ebro

Tendidos sobre el mar están mis días,
sin refugio posible, al descubierto,
a merced de las olas y las aves,
en espejo de nubes reflejados.

Tendida sobre el mar está mi muerte,
en constante deriva, aunque conozca
el modo de llegar hasta mi puerto,
aunque un faro recóndito la guíe.

Sobre el mar un deseo cristaliza,
se calma algún temblor entre la espuma,
y el viento del amor roza mi carne
hasta pulirla triste y lentamente.

Delta soy por la gracia de las aguas;
su sal y su dulzura me recubren.
Tendido sobre el mar, como otro cielo,
mi corazón a solas, desterrado.

Sin título

Tú y yo nos encontramos
en Washington Square.
Me invitaste a cenar
en un club, y la orquesta
tocó para nosotros
Indian summer... Bailamos
inmersos en la noche
neoyorquina. Más tarde, mi vestido
brillaba abandonado sobre el suelo
de aquel apartamento, donde era
muy distinta la música: palabras
y suspiros mezclados con sirenas
de los barcos lejanos...

Pero, ¿será posible
que no recuerde ahora,
mientras abro los ojos,
cómo se titulaba la película
donde vi estas escenas?

Argonauta

Intrépido muchacho
aquel... Buscó mi templo
entre cientos de islas
para verme de cerca,
por saber si era cierto que yo estaba
desnuda entre unas míticas columnas
cuyo blancor se alzaba sobre el índigo
sereno de las olas.

Bello muchacho aquel... Rozó mis piernas
que ardían con el sol, tentó mi talle
ceñido por la brisa, y en mis manos
sus dorados cabellos se prendieron.

Dulce muchacho aquel... Llegó a dormirse
junto a mi pedestal, mas con el alba
—siempre hay un alba— regresó a su nave.

Nunca se han explicado los arqueólogos
estas huellas extrañas
en mi cuerpo de mármol.

Los aparecidos

Numantia

Al confín de la luz eleva el viento
cualquier presagio oscuro
allende las murallas.
Así es la vida aquí: cantan los pájaros,
se oyen ecos de alfares,
de andanzas y faenas
pastoriles. Los hombres
visten con negras pieles,
y defienden su paz y sus campiñas.
Las mujeres transportan
en ánforas el agua, por las calles
apenas tortuosas; se preocupan
de encender el hogar, de los braseros
de piedra, y utilizan
sus modestos ajuares de cerámica.

Así es la vida aquí. Corre el verano
del 133 antes de Cristo,
y también el rumor de que se acerca
Escipión con sus tropas.

Anónimo del siglo XX

Después de que el deseo
le mostrara el camino hasta mi alcoba;
cuando hubo traicionado
su ser la soledad inconfesable,
y mientras que el silencio,
arrinconado en los pasillos, era
el único testigo,
alguien llamó a la puerta de repente.

Después de que la noche
palpitase en mi cuerpo, yo advertía
que aquel sujeto anónimo
marchaba del umbral de su aventura.
—Ah, mujer imposible...—
Mala suerte. Jamás cierro con llave.

Desde noviembre

La estatua

A un paso de la vida te sitúas.
Tienes la pierna adelantada, el busto
semidesnudo, pero el tiempo impide
que cruces unos límites, que huyas
en su nombre. Tan sólo estás a un paso
de conocer tu territorio. Sientes
tu soledad de mármol enclaustrada
entre el viento y la lluvia. Ah, si el tiempo
pasara por ti misma, liberándote...

El desnudo

Qué invisible tu piel en esta hora
de frío y soledad. Qué amargo encuentro
con el aire de antaño, con la senda
que aún conserva la huella enamorada
del olvido. Te miras poro a poro,
despreciando tu propia ausencia. Sabes
que en el espejo fiel de cada día
el hombre busca siempre a otra muchacha.

Los relojes

Antaño había uno, el de tu casa,
presidiendo silencios y penumbras,
en el que el tiempo se quedó dormido.
Hoy tienes otro atado a la muñeca,
y avanza más que tú, te precipita
en abismos de ausencias, en sombríos
recuerdos sin final. Igual que entonces,
marcan tu soledad, siguen cercando
tu vida en sus esferas numeradas.

El solitario en otoño

Canción de la Tierra
(G. Mahler)

Te has fugado de pronto con las hojas
a la región inhóspita y oscura
del olvido, dejando
esta tierra mojada,
esta tarde brumosa, macilenta,
y tus actos de amor sobre el silencio.

Te has fugado contigo, que no es otra
cosa que desandar lo recordado,
porque después de tantos espejismos
a ambos lados del tiempo, sólo queda
hallar una verdad, la más soñada,
y desnudarse en ella amargamente.

Ahora que has llegado
donde duermen las rosas amarillas,
al perfil azulado de unas calles
estrechas, anhelando que su sombra
se convierta en destello de azahares,
no has de pedirle más a tu mirada,
ni a tu voz, ni a la brisa
que forma tu equipaje.
Quédate en esta orilla del olvido,
deshoja tu existencia,
y envuélvete en tus llamas,
en tu amor desterrado para siempre.

Paseo de los magnolios

Cipreses

Donde Vincent van Gogh pusiera el punto
final a sus cipreses enmarcados,
me gustaría a solas erigirme,
como hoguera perdida por el aire.

En sus ramas elevo mi deseo
de ver la eternidad serenamente,
de llegar hasta mí cuando no arda
más que en algunos versos vespertinos.

Yo no sé dónde están esos cipreses;
jamás los vi, jamás, pero los creo,
como creo en el aire que, invisible,
pondrá el punto final a mis cenizas.

Estación de San Bernardo

Yo recuerdo una sombra
de castaños de Indias
alfombrando los viejos adoquines;
otra sombra de trenes
partiendo en dos el tiempo,
los raíles surcados por la hierba;
y al sombrío viajero
malgastando sus pasos
por el andén brillante e infinito.

Vieja estación de San Bernardo, sabes
que aún ha de llegar el más oscuro
de los trenes, el último de todos,
el que nunca regresa. Yo no olvido
que, a tu sombra, también he de esperarlo.

Alguien que no soy yo

Alguien que no soy yo lleva la cuenta
de las horas felices, de las tardes
en que tuvo al amor como aliado,
de las noches libradas cuerpo a cuerpo.

Alguien que no soy yo sale de casa
y rompe sus cadenas, como aquellos
que, tras cumplir con su dolor, un día
cualquiera se fugaron de la muerte.

Ese alguien eleva
su corazón al cielo;
abarca el horizonte
y elige su destino,
aunque al final se interne
dentro de mí y escriba.

Tanto vales

Razón del desengaño

Cuando la vida pasa
y se toman las horas
por un lento suicidio,
es que fallan los tiempos,
los hombres, sus ofrendas.

Cuando la vida, en cambio,
se detiene y transcurre
todo a solas, parece
que alguien te llevara
de la mano, que hubiera
deshecho esa amargura
que al fondo te consume.

Por tanto, si un buen día
el mundo reconoce
que nada tienes, sólo
debes pensar que, al menos,
te ha puesto ya en la lista
de espera de un milagro.

Mirar atrás

Mirar atrás no sirve
más que para ser otro,
o, en todo caso, alguien
que no reconocemos
si no es entre las sombras
de una noche perdida.

Mirar atrás supone
un alto en el olvido
para ordenar ausencias,
tal vez buscarnos siempre
para no hallarnos nunca
más que en nuestro abandono.

Hoy es una palabra
a la que falta tiempo.
Mañana tiene mucho
de imposible. Vivamos
en constante vigilia
cada sueño, no sea
que la vida comience
un día, y ya no estemos.

Nadie te ha dado nada

Nadie te ha dado nada, tú lo sabes.
Y lo entiendes mejor cada mañana
cuando abres tu vacío a los primeros
rayos del sol. Entonces agradeces
tener por toda herencia tus sentidos
para ese instante alado de gorriones
que te hace despertar, para ese aroma
florido de la brisa más temprana.
Y lo entiendes mejor. Sabes que el tiempo
acabará con toda pertenencia,
con todo lo que aún no se posee,
y hasta con esas luces que te inundan
de su clara verdad. Nadie te ha dado
más que órdenes, leyes y consejos
a seguir, por las buenas o las malas;
tristezas en la noche, frases hechas,
remedios inservibles contra el frío
y un poco de otras muchas vanidades.
Pero tú lo agradeces. Así nunca
tendrás que devolver ciento por uno
de tales donaciones. Y lo entiendes
mejor cuando te acuerdas de ese día
en que habrás de partir, dejando sólo
unos versos escritos como ejemplo
de tu digna pobreza. Nadie cumple
más deseos por ir con su abundancia
sobre los hombros, por tener sus bienes
a salvo de un fracaso inoportuno.
Por eso, vive en paz con tu vacío,
con la luz matinal, con este aroma
de soledad en flor, con el silencio
que igual que tú, sin nadie, fructifica.

La huida

Tan amplio es tu horizonte
que no te has planteado
llegar a alguna parte.
Ya estás lejos de todo
lo que te convertía
en inútil ejemplo
de sensatez. Ahora
vas camino del aire,
del fuego, de la lluvia
y de cuanto no tiene
regreso; tu destino
es huir, porque nada
hay que te haga volver
la vista atrás, por mucho
que amanezca y recuerdes
las veces que intentaste
comprender esta vida.

A cierta altura

Verdad y realidad

Ahora puedo hablar de tanta dicha
como la vida quiso despojarme,
de aquello que fue mío
en la mente de algunos.

De lejos vi pasar las caravanas,
sus hombres sin retorno; desde lejos
intentaba seguirlos,
hundiéndome en la arena.

Ahora puedo hablar de tantas cosas
como no tuve; ahora es el momento
de pedir una pausa
a todo lo imposible.

De lejos vi pasar aquellos hombres,
caravana de espectros sin destino;
me empeñaba en llamarlos
con la voz del silencio.

Hablo ahora de tanto como pude
Reconstruir, sin éxito, mi suerte.

Las propias tinieblas

El mismo bar, las mismas cristaleras,
unos cuadros al fondo...
Siempre la misma noche.
No, son noches distintas,
confundo los recuerdos.
Aquel hombre, su rostro
en idénticos rostros reflejado,
ya no sé cuántas veces
lo he visto junto a mí, cuántas tristezas.
No, son hombres distintos,
anónimos espectros.
Pero el bar... Juraría que sus luces
suponen el ayer entre los brillos
de las copas, detrás de los cristales
donde estuve una noche, tantas noches,
o tal vez no era yo
ni soy quien lo recuerda,
aunque siempre habrá un hombre que lo afirme.

Muralla al fondo

Semidesnuda, apenas
cubierta con los últimos
destellos del ocaso,
la contemplas gozoso, peregrino,
tras un largo viaje
en busca de esperanza.
Las almenas en sombra
dejan adivinar otro cansancio
parecido al que sientes,
pero nunca tan hondo como el tuyo.

Peregrino que ves la fortaleza,
aproxímate y oye
el bullicio interior de una velada
suntuosa y alegre,
que acabará con fuegos de artificio.
El mundo es una fiesta
a la que tú jamás fuiste invitado.

Un largo cautiverio

Tal es tu libertad. Con otras alas
y el mejor de los vientos
habrías culminado la aventura
de llegar hasta el sol sin destruirte.
Así tu corazón, cáliz vacío
después de tantas lluvias en su fondo.
La conquista del mundo pertenece
a aquellos que velaron
sus armas junto al fuego de otro cuerpo,
a quienes fueron jueces
y partes en la causa de su herida.
No hay otra libertad. Desde un principio
tienes mal planteada tu existencia,
y sigues esperando
que un viento favorable
te redima de todo cuanto has sido.

A quien sabrá perderme y acabarme

Aunque siempre viviste
con préstamos de amor, por cuenta ajena,
tú también necesitas
mirar alguna vez la luna llena
a través de los árboles;
perder el poco tiempo que te queda
buscando esa palabra
que significa todas las respuestas.
Te hace falta un milagro,
pero ¿en brazos de quién, qué primavera
vestirá lo desnudo
de esas cuatro paredes que te encierran?
Tú también eres noche,
ardiente oscuridad. Un hombre llega
tan sólo para darte
esas buenas razones de su ausencia.
No hace falta que pidas
más préstamos de amor a quien se acerca
procurando, inmutable,
que no termines de pagar tu deuda.

Domus aurea

[En la morada de la luz escribo]

En la morada de la luz escribo,
con una transparencia contenida
que me hace hueco, que me desenvuelve
de tanta noche cruel y su amenaza.
Voy de camino, siempre voy, a solas
por las estancias donde iba antes
de saber que ya no tengo regreso.
En la morada de la luz, del cálido
perfume que conforta mis poemas,
escribo hacia adelante, como vivo.

[Entre el temblor frutal del limonero]

Entre el temblor frutal del limonero
y los hilos dorados de las fuentes
atardecidas, quiero hablar contigo,
oh rey sin heredad, encadenado
para siempre a la luz de estas esferas.
Entre nosotros arden las palabras
negando lejanías de Isbiliya,
oh señor del aduar. Sólo tú sabes
que, cuando me destierran los silencios,
también lloro en Agmat perdidamente.

[Un crepúsculo así, sobre una plaza]

Un crepúsculo así, sobre una plaza
con campanas brotando en el silencio
de la antigua mezquita, no debiera
diluirse jamás tras los tejados
verdinosos, a plena luz menguante.
Unos malvas, continua transparencia
de mi dolor, no habrían permitido
sentir su mortandad bajo otros cielos
que no fuesen los íntimos, más altos
todavía, a plena luz sangrante.

[Por fin te he conocido, te he amado]

Por fin te he conocido, te he amado
con tu propia belleza, sin más ansia
que la de estar en ti conmigo misma.
Ha llegado la noche a ser alfarje;
la mañana, preludio de romero,
y el cárdeno fulgor, mi eterna herida.
Pero te he conocido. Ya es bastante
si alguna vez descanso bajo el ascua
de tus alberos, bajo el solo palio
del último azahar que se marchite.

Tu lumbre ajena

El vestuario de la novia

(Max Ernst)

El tiempo que ha pasado,
su colorido inútil, ya no puede
revestirte de nuevo. Eres otra,
tu perfil sinuoso lo proclama.
Aprendiste a esperar sin recompensa,
a yacer sobre un viento
que al mínimo temblor te desplomaba,
y así, desde el transcurso,
padecías la luz en sombra, sola.
También el tiempo es otro.
No viene, como ayer, a poseerte,
ni realza tu cuerpo
con días nacarados.
Hay un espejo al fondo del amor,
una verdad distinta
que al mirarla te va desfigurando,
después de haber caído, como siempre,
en esa tentación de dirigirte
hacia lo inalcanzable.

Sepulcro de san Juan de la Cruz

Las hojas otoñales, en su huida,
borraron el camino
que se hizo visible a tu llegada.
Oh momento dichoso,
contemplación de todo lo creado
a la luz del sepulcro,
con arena, rocío, brisa y lumbre
como cuatro elementos
para enmarcar el fin de la materia.
Alrededor, un claro
blanquecino donaba su espejuelo
a quien vino a rendirse
ante una sencillez inagotable.
El paso de las hojas
te trazó la mañana nuevamente,
mientras tu senda desaparecía.
Oh sol inmerecido,
celebración de todo lo sagrado,
luciente tras un hombre
cuya razón de arder aún imita.

Tierra por medio

Desde que se enteró de tu impericia
en las artes domésticas,
puso tierra por medio, y hasta ahora.
Ya no tenía tiempo de invitarte
a aquel café mil veces prometido,
ni de ser la persona
cuya complicidad necesitabas.

Al cabo de los días,
le agradeces que no te hubiese dado
ni una sola ocasión de seducirle,
porque amar para siempre
a estos individuos
es delito de lesa libertad.

Desde que conociste que hay un hombre
para cada mujer ama de casa,
tu futuro es tan negro
como el hueco estelar en donde escribes
sorteando la muerte,
noche oscura del alba
que da sentido y paz a tu existencia.

Soria

Después de contemplarla, sus perfiles
se convierten en eco de tus ojos,
en envés del misterio.
Piedra rojiza, códice miniado,
tapiales adheridos a penumbras
que rondan el poniente, cuántos días
pensándola, sin más, inalterada.
Buscaste tu leyenda
remota y familiar entre los cerros;
volviste aquel verano
como quien nunca antes
había interrumpido su esperanza,
y ahora te transformas
en un ánima azul que la diluye.
Oh ciudad escogida por tu sombra
para desentrañarse,
cerco del corazón, rubor en vuelo,
cuánta mirada escrita
desde tu lucidez a sus espaldas.

Encantos del Viernes Santo

(Richard Wagner)

Hay días que, no bien han sucedido,
vuelven sin avisar, como una lluvia
de primavera, palio de azahares.
Tiendes las manos, tocas
cuanto quisiste amar y te negaron
las espinas de siempre, confiadas
al manto de las rosas.
Es tiempo de sangrar por muchas tardes
de las que aún reservan su martirio,
lavas un gidas hasta ser de cera.
Abres los brazos, buscas
el gozo de entregarte y padecerlo
hasta el fin de tus senos, apurándolo
mientras exista un cáliz.
Hay días que, al margen de la muerte,
se adentran sin llamar, como una lanza
floreceda de súbito en el aire.
Todo se ha consumado, nada es tuyo
excepto el corazón, que sigue ardiendo
en su incensario oculto e inmutable.

Y no vas a ser tú

Te has inventado un hombre que no existe,
ese hombre que sólo reconoces
lejos de la barbarie,
inmune a lo mediocre y a su causa.
Continúas buscándole,
mientras el arcoiris
es toda su mirada,
cuando aclama la vida
tu soledad en plena muchedumbre.
El hombre que deseas,
ése de cuyos brazos
nada terminaría de arrancarte,
hace tiempo que huyó del Paraíso,
que encuentra cada noche
la mujer de sus sueños,
y no vas a ser tú, precisamente,
con tanto Brahms y tanta poesía.

Dos lentas soledades

La carbonería

El gris de los perfiles medievales
por la imaginación daba de lleno
sobre una lasitud en los colores
menos antiguos. Era
el reflejo de la carbonería
que en San Bartolomé tuvo su historia;
aquel recinto oscuro
donde se originaban
las tardes de brasero
con el cisco picón, camilla y radio.
Esta época tibia, adormecida
en torno a cada cuadro de costumbres,
se extinguió lentamente
sin pasar por la hoguera,
abandonando el luto
que hizo senda después de la ceniza.
Perfiles medievales, con grisalla
al fondo, para un tiempo
cuyo signo imploraba decadencia.

Itálica

Una mirada más a los cipreses
en el atardecer, y Marcus Ulpus
Traianus se despide,
con la cruel sensación de que sus ojos
no volverán a ser y a los de antes,
de aquel cerro dormido
entre tibias penumbras.
No volverán, ni él ni su silencio
retador como el mármol,
a cruzar por las calles porticadas
cuando un sol ribereño favorezca
el reflejo del magno caserío.
Marcus Ulpus Traianus
se tiene que marchar, pero no sabe
hacerlo en esta hora del cielo enrojecido
sobre el anfiteatro,
prolongando el dulzor de su agonía.
Al fin, todo se aleja
con él por la calzada: los alfares,
el trigo y el aceite, el río marinero
y una sola tristeza que mantiene
los cipreses en alto.

El hombre que resiste

El hombre que resiste
es menos infeliz, acusa poco
la llegada del mal a sus dominios,
ignorando si hay viento
de levante o poniente,
o si en sus tentaciones
ha crecido la hierba.
Cuántas veces el cuerpo está llagado
hasta el punto de ansiar la sepultura.
Pero nada termina
por derrotar al hombre
que ha visto su victoria ya de lejos,
aunque apenas le queden
fuerzas para arrancarla al enemigo.
Cuántas veces la débil naturaleza sirve
de escudo atemperado
contra alguna supuesta rebeldía.
Pero aquel que resiste llega a vivir del todo,
enraizado en la oculta verdad que le define.

En una mala posada

La noche da cobijo a lo vivido
y a cuanto queda por sufrir, de forma
que cada libertad se simplifica:
hay sitio para todos.
Lentamente, esa noche
distancia cielo y tierra. Caminantes
antiguos la describen como suya,
tras haberla pasado
con un dolor en llamas por toda compañía.
Pero hay que distinguirse entre lo oscuro,
buscando el hospedaje
bajo el techo de alguna nebulosa,
por si la travesía
es larga y no se tiene
ni una luz para, al menos,
reclinar la tristeza.
Lentamente, esa noche va prestando
su realidad al tiempo
de cumplirse a sí mismo, con más pena que historia.

Tempo de vuelo sostenido

Canto para los monjes de Einsiedeln

Los cielos del crepúsculo
albergaban sus voces compasivas,
intactas para el tránsito.
Una última luz,
un abandono,
se deshacían puros en la nota
ritual que, como cera,
bajaba de las bóvedas al suelo.
Un ígneo resplandor,
una llamada
desde la eternidad anohecida,
fueron causa común en la monodia
que vertían esferas
más altas todavía
que aquellos cielos nunca acompasados.
Voces intercesoras,
de emotivo
temblor en cada anónima plegaria,
recitaban el tiempo de los hombres
sin ensayar la vida ni la muerte.

Jakob Böhme, el filósofo, recibe una visita

Nadie llama a la puerta y, sin embargo,
el aprendiz de hombre
se levanta despacio. Abre, entra
la claridad temprana,
le unge con un signo
de tanta desazón como alegría.
¿Por qué llega hasta allí,
quién ha prestado
su soledad al resto de las cosas?
Abismo, paz sin ser,
la nada eterna,
ya no están en su mente
por causa de esta luz
que aniquila el vacío, que resume
todo conocimiento.
El aprendiz de hombre
entorna las ventanas, se despoja
de cuanto fue verdad
hasta ese día,
y toma posesión de sus creencias.

Mínimo sol de invierno

[Comenzar otra vez, brillar ahora]

Comenzar otra vez, brillar ahora
que las estrellas dan al horizonte
una nueva quietud enamorada,
supone perseguir tu lejanía
desde distinto ángulo,
desafiando el paisaje más huido.
Otra vez, dos palabras
pendientes de sí mismas
para llegar a anclarte en lo olvidado,
aquello que es principio de un esquema
cuya vertiente ronda
la libertad de ser únicamente.
Cambiar no es tan difícil
como piensas, después de haber partido
hacia tanta ilusión percedera,
quién sabe si callando
fecundas ambiciones.
Brillar ahora, cielo
para un ocaso digno de tu vida,
profundidad alzada
sobre el destino más irrevocable,
supone dar a tiempo con la muerte.

[Debajo del paraguas]

Debajo del paraguas
va tu figura sola,
indiferente y recia, diferente.
Percibes el goteo
de viejos canalones
en su tañido triste,
sin dejar de escribir aquel capítulo
que tampoco empezaste,
cuyo protagonista, deshojado,
abandera la lluvia
cuando moja tu olvido.
Debajo del paraguas
eres la misma sombra
de un ayer invernal en gris violáceo,
pasos como latidos
hacia cualquier silueta
que se vuelve y te mira como un hombre
diferente al dolor, indiferente.

[Este mínimo sol que te acompaña]

Este mínimo sol que te acompaña,
su manto desvaído,
recubrió tu tenaz melancolía
hace ya muchas tardes, muchos versos.
Entiendes asimismo la presencia
de la rama desnuda y su naufragio
a orillas de un invierno sin salida,
igual que ese abandono
donde la lluvia nace
y enluta su temblor recién caído.
Pero este sol, atado a tu costumbre,
decide en solitario
el modo de llegarte
hasta abrirse por ti, crear memoria
de cuanto iluminabas
hace ya muchos días, muchos sueños.
Nada explica tu suerte.
Hay ausencias que acogen, hay vacíos
llenando la razón hasta perderla.
Pero este sol de ayer, acompañante
de tus mañanas grises,
deja sangrar despacio,
consigue que ya seas lo que sientes.

[Ya sólo te has quedado]

Ya sólo te has quedado
con la belleza altiva
de Mahler y de Brahms,
la dulce extenuación de Richard Wagner
y algunos libros hondos
en los que aún consigues esconderte.
Ya sólo te has quedado con tu vida,
desposeída ahora en grado sumo,
mientras alrededor
todo amanece y vuela
sobre la geografía de unos tiempos
iguales a sí mismos,
lejos de la abstracción donde reposas.
Después de haber llegado sin fisuras
a tanta libertad, cómo explicarse
que sigas encerrando
tu palabra en el verso.

Voz mediante

Incertidumbre

Con quién te jugarás este poema,
si aún no ha despejado
su incógnita de suerte...
Sólo colma el principio que desoye
la melodía innata,
un trayecto de granos aventados
sobre el dócil terreno
que tantas horas fue su lenitivo.
Por quién escribirás esta agonía,
si aún te sobra noche
para buscarle a ciegas...
Sólo alzas la pluma entre tus dedos,
terrible imitación de lo sagrado,
mientras vas reflejándote,
sin rostro,
en un papel vacío
donde aún no has firmado tu sentencia
de vida retirada.

Mil y una tardes

Temía estar de vuelta
de todos los paisajes,
contemplar el farol ennegrecido
y detener un sueño a su llegada.
Contuvo la memoria.
Amó mil y una tardes solamente,
palpando corazones
que nunca fueron lejos,
más allá del tañido cauteloso.
Lamentaba crecer
rompiendo moldes,
porque a su alrededor nada cambiaba
salvo la transparencia
de un crepúsculo inútil,
como signo
que pretendía henchir aquel destierro.
Alzó lo abandonado.
Quiso llorar a secas
tratando de coser sus vestiduras,
porque mil y una tardes,
antes de regresar, vivió su muerte.

Tanta ausencia

Quienes no regresaron,
aquellos cuyas sombras aún persiguen
tu esquiva claridad,
abrieron sendas
en un bosque de entrañas apagadas,
sin frutos que rendirles.
Los hallas junto al vado ceniciento
donde alargan sus nombres
esa línea de tierra
que les debe la historia,
los restos de la sed que en ti padecen.
Pero no volverás a verlos solos.
Su muchedumbre mana
como tu propio llanto,
galopa por tus ojos
sin tregua ni descuido.
Quienes ya se marcharon,
aquellos cuya luz reconociste,
todavía amanecen
a cambio de su nada inmerecida.

Lance sonoro

Sinfonía de las lamentaciones

(Henryk Górecki)

I

El velo se rasgaba nuevamente
en el anochecer de tus deseos,
después de una quietud inabarcable.

Rosas sin tallo, lumbre mortecina
sobre el cuerpo doliente, decadencia
que nunca revelaste al enemigo.

Las estrellas rompían en tu pulso
como otra libertad. Cruzaba el tiempo
por una habitación en llamas, siempre
rasgándote el amor y su agonía.

Pétalos rojos, sombra itinerante
de un fracaso. La noche recitaba
el *consumatum est* de tu desnudo.

II

Los augurios del bien desvanecían
su estela de infinito, cada paso
que el otoño bordaba por las calles,
cualquier gesto de huida silenciosa.

No hicieron falta más lamentaciones.

Volviste a las cenizas de un antiguo
hogar deshabitado, simplemente
encontraste tu cuerpo sobre ellas,
tal vez porque la tarde lo sostuvo
como un ara de mármol encendida.

Pero aquellos augurios sólo fueron
el cántico final de las bacantes,
el placer apagado y su castigo
bajo un cielo de púrpura tangible.

Quedabas libre para tu tristeza.

Entonces te cercaron los augurios
del mal, los mismos vientos impacientes
que alejaban la vida del camino.

No hicieron falta más lamentaciones.

Él ardía en tu templo, consagrado
entre dioses anónimos. Su lava
fue el regreso de todas las heridas,
la irrupción abisal de la amargura
desafiando tus senos, oro líquido
cuyas gotas sin fin extenuaban
hasta fundirte en ángel de tinieblas.

La huida silenciosa, los augurios,
las calles, las cenizas, el lamento,
un altar, un crepúsculo, tu vida.

Siempre la soledad. Ardías sola.

III

Abriste la ventana. Amanecía
sobre todos los siglos. Un jilguero
se posó en el alféizar, vino en busca
de algún eco feliz para entonarlo.

Manaba el corazón, se ungía el cuerpo
con la brisa temprana. Lentamente
reaparecieron todas las escenas
donde él supo actuar, lo previsible
para una ausencia cruel como la suya.

Y advertiste de pronto
las llamas de sus manos en tu espalda,
la libación perfecta del rocío
que desbordaba en ti. Le rodeaste
con alientos de miel, ya sin aliento,
después de haber labrado tu figura.

Jamás estuvo allí. Amanecía
sobre todo el dolor. Algunos trinos
lograron infiltrarse en la memoria,
y por última vez reconociste
que estabas esperándole
aun antes de saber que le esperabas.

Regazo e intemperie

XIV

Cobíjate en la tierra,
haz las paces contigo y abandona
esa causa perdida
por la que tantas muertes has vivido.
Un arroyo te ciñe
el ansia de cruzar al otro lado,
donde apenas las aguas reconocen
tu mirada cayendo sobre ellas,
pero tienes que ser, hoy más que nunca,
quien responda de nuevo
y se erija en discípulo
de la sabia intemperie.
Desata tus raíces,
aprovecha su cielo subterráneo
para verlas crecer, mientras reposas
bajo el sol de otros árboles
nunca plantados, siempre verdecidos.
El arroyo que entonces
invadía tu cuerpo
es manso surtidor de plazoleta,
aunque se reconozca
el derecho de huir y no te siga.

LI

De tanta juventud apenas quedan días,
unos cuantos colores del paisaje,
varias horas en tren o esa escapada
con alguien que jamás dirá su nombre.
Si fuera más temprano aquí en tu vida,
no volverías nunca a saber dónde huiste,
pero sí cómo vas, tras el mundo, intentando
alcanzar al amor en la última noche.
Con una insensatez adoctrinada,
esa ilusión sin fin busca de nuevo
tus años limpios, otra carne tibia
y hueca en el verano de tus atardeceres.
De tanta madurez apenas oyes
los pasos de algún hombre descreído,
su voz erosionada, que aún pretende darte
migajas de la propia felicidad caduca.
Si estuvieras a tiempo de ser otro,
jamás encontrarías el camino,
pero sí tantas vidas como fuiste perdiendo
por llegar al amor hasta el último día.